



SOBRE EL OFICIO DE ENSEÑAR: OCHO RELATOS Y UNA NARRATIVA

Autores de los relatos

Julieta López
Carina De Giorgi
Camila Ambrogi
Marisa Toledo
Laura Frencia
Nati Di Marco
Ma. Celeste Armas
Vanina Cometto

Compilación y narrativa

Adriana Fontana



SOBRE EL OFICIO DE ENSEÑAR: OCHO RELATOS Y UNA NARRATIVA

Desbautizar el mundo,
sacrificar el nombre de las cosas
para ganar su presencia

El mundo es un llamado desnudo,
una voz y no un nombre.
una voz con su propio eco auestas.

Y la palabra del hombre es una parte de esa voz,
no una señal con el dedo,
ni un rótulo de archivo,
ni un perfil de diccionario,
ni una cédula de identidad sonora,
ni un banderín indicativo
de la topografía del abismo.

El oficio de la palabra
más allá de la pequeña miseria
y la pequeña ternura de designar esto o aquello,
es un acto de amor: designar presencia.

El oficio de la palabra
Es la posibilidad de que el mundo diga al mundo
La posibilidad de que el mundo diga al hombre

La palabra: ese cuerpo hacia todo.
La palabra: esos ojos abiertos.

Roberto Juarroz,
Poesía y realidad

ÍNDICE

El oficio de enseñar, el oficio de la palabra, un acto de amor: designar presencia. *pág. 4*

Primer ejercicio: palabras que hablan de nuestro oficio. *pág. 5*

Segundo ejercicio: escribir y compartir relatos de una experiencia significativa y potente con algún docente que recuerden de su trayectoria escolar. *pág. 5*

- 1. Todo lo que necesitan está pasando ¡acá!** *pág. 6*
- 2. ¿Por qué estamos hablando de esto?** *pág. 8*
- 3. Ustedes lean y traten de ver qué entienden, vuelvan a leer** *pág. 9*
- 4. Algo más pasó** *pág. 11*
- 5. Sé que nosotros éramos valiosos** *pág. 12*
- 6. La física y los claroscuros de la memoria** *pág. 14*
- 7. Un examen en cuotas** *pág. 16*
- 8. Yo también descubrí América** *pág. 17*

Tercer ejercicio. Una narrativa sobre el oficio de enseñar: algunos decires en los que “algo” se condensa y “hace” al oficio de enseñar. *pág 19*

Bibliografía *pág. 23*

El oficio de enseñar, el oficio de la palabra, un acto de amor: designar presencia¹



Confío hace tiempo en la fuerza de los relatos, en el saber que anida en la experiencia y en la potencia que tiene *el encuentro de voces, de palabras; de ojos abiertos, ese cuerpo hacia todo...*

Se encontrarán aquí con ocho relatos y una narrativa. Escritos en este presente incierto, emergen de la memoria de un oficio que no cede. La pandemia y la situación que atravesamos, la intempestiva intromisión de los medios digitales en la enseñanza nos obligaron a imaginar. Teníamos con qué: oficio. Tan in-corporado, quizás poco conversado, fue necesario buscar, precisar, contar: ¿en qué consiste “eso” del oficio?, ¿qué hacemos cuando damos clases? Convocados por la inquietud, por la necesidad de reconocernos en las palabras que puedan decirnos, por qué no de rebautizarnos, convocados por la necesidad de crear (otras) presencias, nos juntamos, nos preguntamos, nos contamos.

Nos juntamos en un aula virtual, nos preguntamos, **conversamos sobre nuestro oficio**, e hicimos algunos ejercicios:

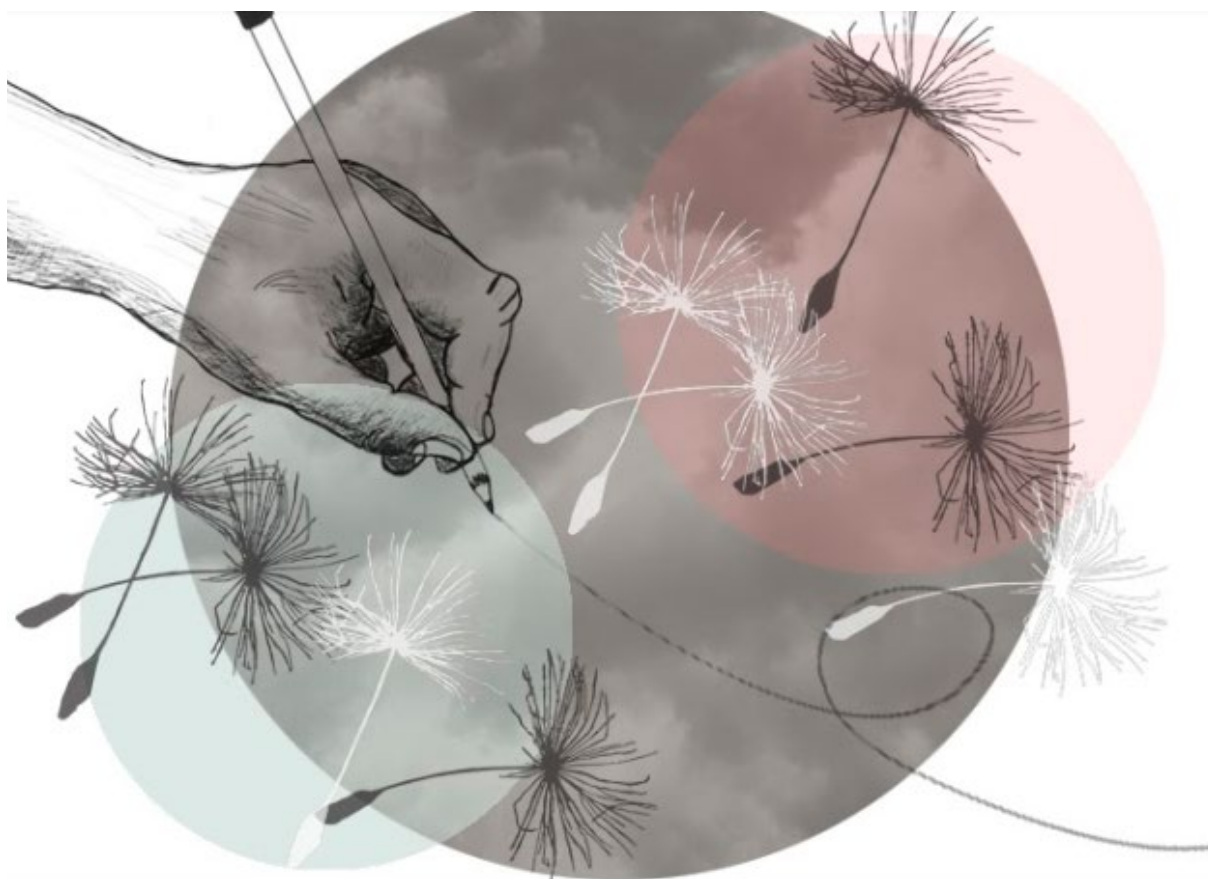
1. Elegir palabras para nombrar el oficio.
2. Escribir y compartir el relato de una experiencia en la que un/a docente protagonice “algo” que pasó en una clase, algo que dejó su marca y “habla” del oficio.
3. Escribir una narrativa sobre el oficio de enseñar.

¹ Los relatos fueron producidos por los profesores tutores del de la Actualización Enseñar con Herramientas Digitales, la compilación y la narrativa fue realizada por Adriana Fontana.

Primer ejercicio: palabras que hablan de nuestro oficio

Mirada, cercanía y distancia. Atención, compromiso, vínculo. Taller, pasión y memoria. Sueños. Ganas, provocación, encuentro. Conversación. Sostener. Interrupción. Observación. Sensibilidad. Valentía, empatía, abrazar. Sorpresa, emoción. Ansiedad, lucha. Acción. Molestar. Provocar. Caos para un nuevo orden. Escucha. Reinención. Trabajo, motivación, creatividad, movimiento. Despertar. Abrir. Buscar, desafiar. Curiosidad, confianza. Rituales. Paciencia. Ejercicios. Respeto. Cuidado. Experiencia, libertad e igualdad. Amor.

Segundo ejercicio: escribir y compartir el relato de una experiencia, del encuentro con algún docente del que ha quedado alguna marca; una marca que nos deje ver algo de este oficio sobre el que estamos conversando, estudiando.



1. *Todo lo que necesitan está pasando ¡acá!*

Por Julieta López

Voy llegando al ensayo, cansada de tanto andar desde temprano. Deambula gente en el pasillo, se escuchan los murmullos y la pianista... dando color a este martes por la noche que ya se me hizo larguísimo. Quiero volver a casa. Nos vamos acomodando en las sillas. Seguimos formadxs por cuerdas... bajos a mi izquierda, tenores a mi derecha y nosotras allí al medio mirando de perfil a las sopranos. Se percibe el rozar de las partituras, alguien pide un lápiz, me ofrecen un mate. Sabemos muy bien que este ensayo empieza con *sleep*. Van varias semanas de ensayos parciales por voces y lectura minuciosa de los pasajes complicados pero los tenores siguen errando en la pronunciación y siempre, siempre, desafinamos en ese último acorde de la primera frase. Esa disonancia se nos hace imposible de sostener. Ni que hablar del *pianissimo* que no sale. Ralentizamos todo, absolutamente toda la obra. No hay manera de aunarnos, parecemos cuarenta personas cantando y ningún coro sonando. Yo creo que le hacemos honor a la obra: nos dormimos bien dormidxs.

El Mario insiste. Cada vez que encaramos la obra nos recuerda lo increíble que va a salir. A esta altura dudo. Esto no va a salir. Pasa que, claro... sé muy bien quién es el Mario y de lo que somos capaces con él. Por eso estoy acá un martes por la noche. Renegamos. Nadie levanta la cabeza de la partitura, los minutos se me hacen eternos. Me hundo en la silla, nos hundimos. Las sopranos resaltan, los bajos pareciera que no vinieron, los tenores desafinan, nosotras nos equivocamos todas las veces en ese do sostenido. Nunca va a salir la disonancia si seguimos así. El Mario nos habla, corta, retomamos. Hace todo tipo de gestos, movimientos, mímicas. Volvemos a repetir. Una y otra vez. Desafinamos. Ralentamos. No hay caso. Quiero ir a casa.

- ¿Qué hacen? ¿Por qué no me miran? La partitura ya no sirve de nada. Todo lo que necesitan está pasando ¡acá!

Acompaña a aquella última palabra el gesto de sus manos con las palmas hacia arriba. Conocemos muy bien aquel gesto. Nos está invitando. Estamos allí... lxs cuarenta.

- ¡Vamos a pulir! Olvídense de la partitura. Guarden todo. Levántense de las sillas y mézclense. Sí, ya sé, se van a sentir un poco solxs. No importa. Me miran. Escúchense. Que salga como tenga que salir pero que salga algo.

Nos sonríe. Se sonríe.

El sonido se esparce por el ambiente. Las voces del pasillo acallan al acercarse a la puerta de nuestra sala. Pareciera que estamos todxs sobre la punta de nuestros pies. Los bajos son un pulmón sonoro. Las sopranos colorean empastando perfectamente. Estamos afinadísimxs. Nos sale pulcramente el acorde disonante. El detalle de finales de frase, la dicción bien marcada, lo expresivo en cada frase. Pronunciamos. Somos una sola voz llena de matices... y por fin, pianísimo, pianísimo.

Vamos a tempo sin acelerar ni ralentizar. Nos hinchamos de orgullo. Sonamos. Sonamos tremendo. Nuestro director cierra con el gesto de sus manos el último acorde de *sleep* y junto a él, respiramos. Silencio total. Aún resuena. Tremendo.

- ¿Por qué nos tenemos que ir a casa? ¿No podemos quedarnos un poco más? Podríamos hacer el réquiem de Rutter...

Marcan las once de la noche, un martes y me siento eufórica.

2. *¿Por qué estamos hablando de esto?*

Por Carina De Giorgi

Ocurrió en una clase cualquiera, un día cualquiera de cualquier mes, en un aula de primaria. La seño (¿o era un profe?) se proponía trabajar sobre un tema del espacio Ciudadanía y Participación, con 6.º grado. El título era “El discurso publicitario y su influencia en el consumo”. Al introducir la palabra “consumo” los estudiantes iniciando la adolescencia comienzan a murmurar, circulan chistes, risas sofocadas, comentarios referidos a las drogas y hasta involucrando nombres de jóvenes conocidos.

La situación desvió la propuesta, si bien se enfocaría en el uso de la tecnología: los celulares, tabletas, consumo desmedido como éxito de la publicidad hubo que esperar para ello. El profesor se desvió del recorrido previsto.

Al observar el entusiasmo, el interés de los jóvenes en hablar del uso de estupefacientes, de las drogas permitidas y las que no, los tipos de sustancias, los efectos de cada una en función de las cantidades, los precios, la manera de adquirirlas, los riesgos, etc., etc. el profesor hizo lugar a un intenso intercambio de opiniones y datos, aportados por los chicos y luego preguntó:

Profe: -¿Por qué habrá sucedido esto hoy?

La clase: -¿Sucedido qué... qué pasó profe?

Profe: -Pasó que el tema sobre el que íbamos a trabajar era otro, cuando hablé de “consumo” no me refería a las drogas ... ¿por qué estamos hablando de esto?

Silencio, palabras, tonos, escuchas y negociaciones.

Ahí radica el oficio de enseñar: en la espera, en ese acompañar y regular el intercambio; en la apertura oportuna a un diálogo reflexivo, crítico sensible a aquello que convoca a la clase.

3. *Ustedes lean y traten de ver qué entienden, vuelvan a leer*

Por Camila Ambroggi

El texto estaba en una hoja A4 apaisada, la letra se veía chiquita porque en cada página se habían fotocopiado dos páginas del libro original. No parecía un texto largo, de esos que ameritaban un “¿Todo esto hay que leer profe?” Más bien parecía algo sencillo de abordar.

-Martín Heidegger es el autor con el que vamos a trabajar, presentó la profesora. - Quiero que cada uno lo lea de forma individual y después hacemos una puesta en común. Les dejo este cuadro como referencia para ir pensando.

Era un cuadro comparativo, en cada columna decía: “ciencia” “técnica” “filosofía”.

Salí al patio con la propuesta. En esa materia podíamos salir del aula a trabajar fuera de ella si queríamos. El texto empezaba dando vueltas sobre una palabra sin traducir del alemán: “Dasein”. No estaba traducida, pero casi todo lo que se decía era para explicarla. Los primeros párrafos ya resultaban incomprensibles, y al alemán se le sumaba el griego, que ni siquiera usaba las letras de nuestro alfabeto.

-No profe, no se entiende nada. Decíamos.

- Ustedes lean y traten de ver qué entienden, vuelvan a leer. Decía ella.

Lo que en un principio parecían pocas páginas, dignas de ser leídas por estudiantes de sexto año de secundaria en un módulo de una materia, se transformaba en un texto que requería de horas y horas de lectura profesional. Intentamos demostrarle a la profesora que no podíamos con él, pero nuestro desánimo era inversamente proporcional al énfasis que ella ponía en que lo intentemos una vez más. En algún momento, de a poco, el texto se transformó en un enigma a resolver, y nosotrxs en detectives tratando de entender “algo”. Los textos empezaban a estar marcados con círculos, con colores, aparecían pequeñas frases y preguntas. **En algún momento, nos convencimos de que íbamos a poder con él. En algún momento, nos convenció de que íbamos a poder con él.**

La verdad es que no recuerdo si entendimos en profundidad los conceptos que se proponían. No sé si pudimos completar las columnas del cuadro. Pero el “Martin Heidegger” pasó a ser un personaje familiar para nosotrxs, y a nadie le quedó duda que entender el pensamiento de un autor es algo complejo y que requiere de esfuerzo. En el mientras tanto nos dimos cuenta que en un texto puede haber una explicación nueva del mundo y que, aunque parezca imposible, nostrxs podíamos acercarnos a ella.

En relación con este oficio, comprendí que la confianza es una puerta decisiva para encarar la complejidad que presenta el mundo.

4. Algo más pasó

Por Marisa Toledo

Comenzaba el 1er. grado, era una tarde algo fresca para mediados de marzo, Mi preocupación estaba centrada en mi mamá, mi segunda hermana estaba por nacer... justo cuando yo comenzaba 1er. grado, era mi primer día de clase. La seño Susana pretendía que escriba, que copie del pizarrón (verde impecable) al ritmo que ella proponía mientras la tiza se desplazaba de lado a lado. Mis letras eran algo grandes... el lápiz iba buscando el camino menos sinuoso posible, intentando cierta suavidad que impidiese dejar huella en varias hojas de aquel cuaderno de hojas blancas y lisas. Por momentos, la luz que entraba por la ventana que daba a la vereda de la escuela, llamaba más mi atención que la voz de la señorita Aída; ella lo notó y se acercó:

-Marisa, dijo. La miré, creo que algo pasó en mi rostro porque recuerdo que se sentó a mi lado y comenzó a hablar, no sé bien qué, pero sí recuerdo la voz suave de quien entiende a eso que le pasa a una niña de 1º grado. Algo dije también, seguramente le conté que iba a tener un hermano (en aquella época, no había ecografía que anticipara). Tomó mi mano, me sacó el lápiz apretado entre mis dedos, hizo puntitos (que luego entendí que eran letras y palabras) y pidió que pasara por arriba un lápiz de color. Lo hice. Más tarde volvió a sentarse conmigo. Habló de aquello que había remarcado con color, contó que eran letras y palabras y que decía "Hoy es lunes 13 de Marzo de 1978". Dijo, "esa es la fecha, todos los días la vamos a escribir, ya vas a poder sola"; agregó, "tu mamá está bien".

Más tarde, la señorita Susana leyó. Su voz atrapó mi atención. La luz de la ventana ya no era el punto en el que me escapaba. Ahora, atendía a lo que ella decía. No sé qué leyó, pero sí recuerdo que los días siguientes (Silvina, mi hermana había nacido y todo estaba bien) fueron diferentes.

La señorita Susana pidió que cuente sobre mi hermana. Mi primer grado sucedió entre carteles, copias, memorizaciones, dibujos, clases alusivas, efemérides, juegos, mesitas de a cuatro compañeros, modelizaciones, folclore, actos, números, sumas y restas... pero, algo más pasó, porque la escuela comenzó a gustarme. Y acá estoy.



5. Sé que nosotros éramos valiosos

Por Laura Frencia

Empezábamos primer año. Casi no nos conocíamos, veníamos de distintas escuelas, de diferentes barrios, de diversas experiencias. Miedo, ansiedad, expectativa...

Algunos tenían hermanos en los años superiores y nos iban tirando data sobre los distintos profes. “La de lengua es re piola, podés hacer lo que quieras”, “Mi hermano hizo llorar a la de música”, “el de inglés es duro, pero después se ablanda”.

Pero todos los relatos se ponían serios cuando describían a Marga, la de matemática. La mística decía que era durísima, que nunca se la había visto sonreír, que los chicos salían llorando de la clase, que nadie se animaba a hablarle... Encima yo odiaba la matemática.

-“Mirá es esa...”

Era cierto, tenía cara de monstruo. Como un insecto. Flaca, ruda, con un rictus que parecía no modificarse ante ningún estímulo. Pasó al frente nuestro sin decir palabra, todavía recuerdo su paso decidido, y su pollera gris.

Pasamos días alimentando el relato, las anécdotas que llegaban eran cada vez peores: “dicen que una chica terminó en el psicólogo”, “parece que no se habla con nadie, ni con los otros profes”, “si la mirás a los ojos, te tildás”.

Y un día, llegó, inevitablemente, la primera clase de Matemática. La Marga entró, cerró la puerta y dijo “buenos días alumnos”. No volaba una mosca. Sin embargo, lo que pasó ese día en el aula fue una metamorfosis: poco a poco, esa mujer hosca que se había parado al frente nuestro, comenzó a moverse por el aula como si fuera su casa, a escribir en el pizarrón como una artista, y a explicar las ecuaciones con una claridad y una pasión que no recuerdo en otro docente. Seguimos muchas clases en silencio, hasta comprender que la timidez de “La Mary” se vencía dentro del aula, cuando estábamos ella y nosotros, se percibía un clima distinto, como una magia. Un cariño demostrado de otra forma, sin palabras, sin simpatía, sin diversión; con la secreta convicción de que ahí pasaba algo importante, sé que nosotros éramos valiosos, porque éramos parte de esa transformación, del encantamiento que sucedía en las clases de matemática.

Por supuesto seguimos manteniendo el mito con “los nuevos”. No íbamos a privarlos del placer de asistir a la metamorfosis.

6. *La física y los claroscuros de la memoria*

Por Nati Di Marco

Tengo una infancia marcada mayormente por las sucesivas mudanzas, que implicaban cambios no sólo de casa, sino también muchas veces de ciudad, provincia y algunas, incluso, de país. Esos tránsitos que me llevaron por distintas realidades desde pequeña hicieron que nunca permaneciera demasiado tiempo en la misma escuela. Así, mi “memoria escolar” resulta bastante fragmentada, con escenarios que fueron desde varios edificios centenarios propios de las escuelas normales nacionales en las provincias a una moderna escuela preuniversitaria, pasando por pequeñas escuelas [de gestión] privadas.

Sin embargo, los últimos tres años de mi secundaria pude hacerlos en una institución escolar de una ciudad del norte de nuestro país. Una experiencia piloto y muy novedosa en su momento, que conjugaba el prestigio dado por la procedencia universitaria de sus docentes con dinámicas y lógicas institucionales propias de ese espacio, una experiencia estudiantil que brindaba la posibilidad del ejercicio de la autonomía, la participación, la crítica, etc.

En ese contexto es que conocí a quien sería mi profesor de Física y que, con el tiempo, fue reconocido a nivel nacional por lograr que un número muy importante de estudiantes ingresaran a un prestigioso instituto argentino de física e ingeniería. ¡Un hecho sin precedentes para la ciudad!

Sus clases partían siempre de algún relato que vinculaba una experiencia con algún aspecto de la ciencia. Recuperaba la historia de algún problema de la física o de la astronomía, o narraba incluso alguna anécdota personal. Por ejemplo, un día apareció en clase con un collarín cervical. La siguiente hora de clase la utilizó para explicar, con gráficos y fórmulas, porqué se había caído al hamacarse en su silla: era tan cabezón que su centro de gravedad se encontraba desplazado por encima del ombligo, cerca del pecho. Subrepticamente, entre risas, iba deslizando conceptos, leyes, lógicas propias de su disciplina.

Como sus formas de trabajo escapaban a las reglamentaciones, planificaciones y tiempos escolares, las canalizó por medio de la creación del taller. La pasión que ponía en sus clases contagiaba el deseo de aprender y fueron muchos y muchas lxs estudiantes que se sintieron convocadxs.

El contrapunto que mencionaba al iniciar el texto tiene que ver con que este docente, artesano del aula, tenía un triste posicionamiento acerca del acceso de las

mujeres a la ciencia. Tuve dos experiencias personales que recuerdo dolorosamente: la primera tuvo que ver con que, al ingresar a mitad de cuarto año sin haber tenido nunca una clase de física, no tenía los mismos conocimientos que mis compañerxs. Una semana después de mi ingreso a la escuela, el profesor tomó una evaluación. No sólo tuve que hacerla, sino que, al ver el docente que no podía realizarla, me dijo que me iba a mandar a estudiar física con lxs más chicxs. Más allá de que mi obstinación hiciera que resolviera sin dificultades la evaluación siguiente, no recuerdo sentir ni apoyo ni confianza, sino lo contrario. La segunda -y claramente relacionada con la anterior- fue cuando, una vez conformado el taller, ya en mi segundo o tercer año en la escuela, algunas compañeras quisimos participar. El profesor dejó claro que, para él, la física no era un asunto de mujeres.

Las fotos que circulan de los talleres dan cuenta de que los años, la historia y por qué no, la insistencia de tantas que vinieron después, lograron modificar esa mirada y que también las jóvenes pudieran ser parte de esos excelentes talleres. Y me alegro muchísimo, porque estoy segura de que esa experiencia, que yo no pude transitar, debe realmente haber valido la pena.

7. Un examen en cuotas

Por Ma. Celeste Armas

Corría el año 2007. Mi segundo año de Profesorado en Historia en la universidad de Rosario, el escenario: un final de a dos en un pasillo con 100 estudiantes esperando rendir al igual que mi compañera y yo. Dos chicas de pueblo en una universidad enorme, con gran prestigio y gran cantidad de cursantes por comisiones, con todo lo que ello conlleva. Nos tocó entrar, comenzamos a desarrollar nuestro tema ante el tribunal, pero casi al final el profesor Damián C. comenzó a realizarnos preguntas sobre textos que habíamos leído, pero no lográbamos relacionar. Vio nuestra angustia y nos dijo:

-Yo sé que lo saben, sé que leyeron, pero también sé que pueden más. Sólo falta una leída más". Entonces no nos puso el aplazo y nos pidió que volviéramos en el próximo llamado.

Un mes después y clases de consulta por medio, volvimos a leer los materiales con claves de lectura que nos había dado y nos fuimos dando cuenta de aquellas conexiones que la materia anidaba de fondo. Entramos, comenzamos mucho mejor que el examen anterior, pero en la última pregunta nos frenamos de nuevo. Entonces, al finalizar nos dijo: *"Las podría dejar ir y que vuelvan cuando quieran, pero las veo tan cerca, y sé que pueden terminar de entender el nudo de la problemática que la materia esconde. Les pido que vuelvan la semana que viene en la mesa especial"*, dijo que, otra vez, pondría el "ausente". Agotadas y desconcertadas, ya creyendo que no teníamos más nada que entender, volvimos a sentarnos a leer. Evidentemente tenía razón. La materia necesitaba una vuelta de tuerca más.

Por tercera vez, volvimos, esta vez el examen fue de tres preguntas, básicas, simples y con ejemplos concretos que relacionaban la teoría con la actualidad. Salieron de nuestra boca respuestas concretas y seguras, dando por obvio algo que no habíamos podido comprender dos exámenes anteriores. La alegría de Damián C. fue genuina, se veía satisfecho por vernos superar el estudio memorístico y entender la lógica de una materia tan larga y tan compleja.

Fue un examen con un profesor artesano, con paciencia, personalizado en medio cientos de estudiantes, un "examen en cuotas" lo llamamos. El docente creyó todo el tiempo que podíamos llegar más lejos, y nos enseñó cómo hacerlo, sin necesidad de recurrir al "aplazo", ni hacer foco en lo que no estaba. Siempre fue el impulso de saber que podíamos más.

8. *Yo también descubrí América*

Por Vanina Cometto

Para descubrir América no necesité barcos, ni tripulación, ni brújula, me alcanzó con compartir un espacio y un tiempo con la señora Julia. Fue en el año 1993, estaba en 3er. grado, en la escuela de “las monjas” de un pueblo cordobés; en el aula del “B” con alrededor de veinticinco niños y niñas durante una clase de Ciencias Sociales. La señora Julia nos repartió un texto muy corto en una fotocopia que aprendí rapidísimo y me anime a pasar al frente para decirlo de manera oral, me acordé algunos lugares claves que nombraba el texto y comencé a relatar casi sin respirar antes que se “vuelen” esas palabras: “España y Portugal compraban sedas por el Mediterráneo, luego esa ruta se cerró por culpa de los turcos, entonces tuvieron que buscar nuevas rutas, una opción, era rodear el continente africano y llegar por el suroeste a India, otra era explorar por el atlántico hacia tierras desconocidas”.

La señora Julia, claramente notó que estaba repitiendo algo que no entendía, me di cuenta por su mirada, entonces, me mandó a la biblioteca a buscar un globo terráqueo. Cruzando el patio de la escuela seguía repitiendo en voz baja “España, india, sedas, otomanos, rutas, África” todo era lo mismo y distinto a la vez, pero no quería olvidarme “rutas, mediterráneo, imperio, España, sedas, invasión” ... volví al curso y mis compañeritos y compañeritas murmuraban... La señora Juilia algo les había dicho que yo no sabía.

Me pidió que buscara España. Se hizo un gran silencio expectante, yo cada vez sentía más curiosidad, luego, me señaló el continente africano (que tenía muchos países dentro) y el mar mediterráneo, después encontré la India... ahora ubicada en ese globo, me pidió que vuelva a repetir lo que había leído, pero recorriendo el mundo... todo cobró sentido...

Me imaginé en un barco queriendo ir por el mediterráneo a India, pero como estaban los turcos no podía pasar, entonces tenía que rodear África y llegar por el sur, ¡para ese momento me sentía emocionada, y solté un ahhh!!!!... la señora Julia interrumpió: Si no es por ahí, ¿por qué otro lugar puedes ir a la India? busqué “atlántico” y giré el globo, me pidió que lea en qué continente estaba: _ en América, dije, mis compañeritos y compañeritas empezaron a aplaudir. En eso habían quedado cuando salí a la biblioteca, podría no llegar a la India, pero si lograba descubrir América (algo que hoy sería muy mal visto) me ganaría un aplauso.

Puedo decir, que la seño Julia era una maestra de verdad, era y hacía de maestra, como una artesana que hace bien su trabajo. Estaba comprometida con la tarea de enseñar, y la clase en la que descubrí América, fue un momento singular donde ella desplegó técnicas (lecturas, señalización en un mapa), estrategias (proponerme un enigma) y tecnologías (globo terráqueo) para presentar un saber específico de la materia que enseñaba. En el momento en el que me pide que busque el globo terráqueo en la biblioteca, me invita a aprender algo que no conocía, allí puedo reconocer, un gesto de confianza o como dice Meirieu “un espacio de seguridad” en el que ella estaba presente y era mi acompañante para que yo pudiera abrirme a lo nuevo. En esta clase, ella consideró tanto al individuo como al grupo: todo el curso fue partícipe de lo que se estaba presentando. Su desafío logró captar la atención del grupo. La seño Julia tenía, en palabras de Fontana, inteligencia poética para ejercer su oficio de docente.

Tercer ejercicio. Una narrativa sobre el oficio de enseñar: algunos decires en los que “algo” se condensa y “hace” al oficio de enseñar



¿En qué acciones, palabras, gestos toma forma y puede decirse el oficio de enseñar? Más precisamente, ¿cómo se expresa cuando se “hace” la clase, ese recorrido que se prepara, se da, se piensa para las y los estudiantes?

Decir qué, cómo; decir desde la experiencia. Retomo a Julieta, Carina, Camila, Marisa, Laura, Nati, María Celeste y Vanina, retomo sus decires del oficio.

La pequeña ternura de designar esto o aquello. Un acto de amor: designar presencia. Un decir que atiende a las palabras que han elegido quienes han vivido “la escena” (Rancière, 2018, citado por Dussel, 2019) escolar.

Retomo y digo, también desde “otros” que escucho hablando en estos relatos. Probablemente porque conversan con mi propia experiencia, con mis lecturas, con las conversaciones que he tenido. Resuenan, se mezclan, dan a pensar lo que no imaginaba.

Sobre el oficio de enseñar: decires en los que “algo se condensa” y “hace” al oficio

Desbautizar el mundo,
sacrificar el nombre de las cosas
para ganar su presencia.

Roberto Juarroz,
Poesía y realidad

El Mario nos habla, corta, retomamos. Hace todo tipo de gestos, movimientos, mímicas. Volvemos a repetir. Una y otra vez. No hay caso. Quiero ir a casa. Vamos a pulir (...) ¿Por qué tenemos que ir a casa? ¿No podemos quedarnos un rato más?

Digo junto a Dussel algo dicho por Paul Ricoeur (1955): “¿Qué hago cuando enseño? Hablo. No tengo otro modo de ganarme el pan y no tengo otra dignidad.”

Hablar y saber callar, también hablar con el cuerpo, con todo tipo de gestos, hacer el esfuerzo para que la “conversación” con los estudiantes se produzca; que puedan escuchar, ver, sentir lo que se les propone.

Repetir. Una y otra vez. Un ejercicio. De un modo y de otro. Sostener (aguantar) que se aburran, que no entiendan, que no salga. Insistir, cambiar, pulir con suavidad, encontrar la forma. “*Pulir*: revisar, corregir una cosa para perfeccionarla.” “*Desviar*: apartar una persona o cosa de su destino o del camino de la dirección que sigue...”

“La situación desvió la propuesta (...). El profesor desvió el recorrido previsto.”

Un recorrido previsto y la posibilidad de tomar atajos, incluso otros caminos y también saber volver. Escuchar, esperar y retomar el rumbo.

La no poca “astucia” de Rousseau consiste, pues, en organizar la pedagogía en torno “al interés del niño”, pero de tal modo que este último, gracias a escenificaciones sabiamente montadas, vea una convergencia entre “lo que le interesa” y “lo que va en su interés”. (Meirieu, 1998, p. 68).

Es un gran tironeo ese, el de seguir, irse, entusiasmarse con el interés de las y los estudiantes y el de “cumplir” con la propuesta curricular, la promesa escolar. No se trata de ser indiferente a esos intereses y tampoco de subsumirse a ellos sino de escuchar y hacer el esfuerzo que se requiere para correr el horizonte, para hacer que la atención se dirija hacia aquello que no estaba a la vista.

Ustedes lean y traten de ver qué entienden, vuelvan a leer (...) En algún momento nos convencimos que íbamos a poder con él (refiere a la lectura de un texto de Heidegger). En algún momento nos convenció que íbamos a poder con él.

Dice Jan Masschelein y adscribo: ***Let's try***. Solo intentémoslo, la operación pedagógica más sólida que las y los docentes podemos tener. Pedirles que lo intenten, confiar en que lo lograrán. Es un esfuerzo y es una invitación.

Agrego algo más que me decía Natalia (mi profesora de inglés) que “*try*” (como otros verbos) tiene una doble significación: cuando finaliza con *-ing*, se traduce como “intentar”, como un desafío, alentando a alguien a hacer algo. En cambio, si está seguido de *to*; *try to*, significa que pedimos a alguien que haga un esfuerzo. Ahora bien, si lo usamos con *Let's*, el pedido es entre iguales. *Let* supone dirigirse a un par, a alguien que está a tu altura, a alguien que es un igual. ¡Qué bien lo narra Camila! Ya al final del relato, no se sabe cuándo, en algún momento “pasó”. No se sabe bien si fue la profesora que los convenció o ellos se convencieron, pero en algún momento lo lograron, pudieron leer ese texto inabordable. Se trata de pedir que vuelvan a intentar y ofrecer algunas referencias, trazar puentes “utilizando mediaciones”. (Meirieu, 1998 p. 98).

Confiar, confiar en que podrán hacerlo. En principio, la igualdad. Hacer lugar en la escena de la clase a la experiencia de la igualdad.

La igualdad como hipótesis. Confianza, por tanto, libertad.

“Ya vas a poder sola” le dijo la señorita Susana a Marisa. Y claro, “algo más pasó”: la escuela comenzó a gustarle. Y hoy está acá (ella y su maestra) conversando en este texto sobre el oficio de enseñar, mostrándonos cómo se hace: “su voz atrapó mi atención”. **Se hace con la voz.** No solo con la palabra, sino con el tono, el tiempo, la melodía que tiene una voz. Seguramente **también fue con el cuerpo:** “... recuerdo que se sentó a mi lado (...) tomó mi mano”; dibujó unos puntitos, marcó un camino para afianzar el movimiento, para acercar la letra...” Y los días siguientes fueron diferentes.

Dice Laura: miedo, ansiedad, expectativa. Nati habla de claroscuros. Entre tanto, el profesor que renueva una y otra vez la posibilidad de rendir un examen. La confianza: llegarán más lejos. “Vuelvan la semana que viene”. **Nuevo intento, otro esfuerzo, la paciencia, la espera y la presencia.** Finalmente, **la alegría** de Damián y de sus estudiantes, de ellas a las que le “salían respuestas seguras, concretas ...”.

Entre tanto, está la profe “que tiene cara de monstruo” pero que al entrar al aula -cual Cenicienta en pleno baile- brilla, convertida en princesa. ¿Magia? ¿De dónde brota ese “cariño demostrado sin palabras, sin simpatía, sin diversión? Digo que es la secreta convicción de que allí **pasaría algo importante: la clase** de matemática.

La clase es algo importante, lo que allí puede pasar es importante.

No es magia. Es amor, **el amor que Arendt vinculó a la educación:**

La educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él, y así, salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes, sería inevitable ... (2016, p. 301).

Es amor al mundo y es la confianza en las nuevas generaciones que se traman en la escena escolar en **una estrategia poética**: “... la seño Julia algo les había dicho que yo no sabía (...) la seño Julia interrumpió. Y preguntó: ¿y si no es por ahí, por dónde podría ser?”.

Estrategias, preguntas, silencios que saben plantearse en el momento, en el lugar justo. Un movimiento preciso, sutil, poético.

Claro: Vanina descubrió América.

Y nosotros descubrimos algo más de este oficio que estamos analizando.

Este oficio, un saber-hacer que habilita y pide esfuerzo; acerca, ofrece, entrega, espera, abre, [*Let's try*](#) . Dar clase y hacer lugar a la experiencia de la igualdad, la experiencia de la libertad. Confiar, aquello que cantaba Spinetta: “mañana es mejor”.

BIBLIOGRAFÍA

Arendt, H. (2016). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Buenos Aires: Ariel.

Dussel, I. Equipo de Producción de Materiales Educativos en Línea. (2019). Clase 4: Haceres cotidianos en las clases. Módulo *Trabajo docente: haceres cotidianos con medios digitales*. Especialización Docente de Nivel Superior en Educación y Medios Digitales. Córdoba: Instituto Superior de Estudios Pedagógicos - Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.

Meirieu, P. (1998). *Frankenstein educador*. Barcelona: Laertes.

Cómo citar este material

Fontana, A. (Comp.) y otros (2021). *Sobre el oficio de enseñar: ocho relatos y una narrativa. Actualización Enseñar con Herramientas Digitales*. Córdoba: ISEP- Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.



OCHO RELATOS Y UNA NARRATIVA SOBRE EL OFICIO DE ENSEÑAR

Autores de los relatos

Julieta López
Carina De Giorgi
Camila Ambrogi
Marisa Toledo
Laura Frencia
Nati Di Marco
Ma. Celeste Armas
Vanina Cometto

Compilación y narrativa

Adriana Fontana